

## Un modo diferente de vivir la muerte

16 noviembre 2014, 10:00

Brittany Maynard era una chica norteamericana de 27 años. Le habían diagnosticado un tumor cerebral y tomó la decisión de morir ingiriendo fármacos letales en una situación que ella presentaba como “ideal”. Y colgó en la red esta decisión. A partir de este momento comenzó a ser



titular de prensa durante varias semanas. Las redes sociales no cesaron de decirle “ánimo”, para que diera el paso anunciado. Y, efectivamente, lo dio. Las redes sociales siguieron jaleándola. Más todavía los partidarios de la eutanasia. En cambio, las organizaciones pro-vida de los Estados Unidos han alertado de que la presentación “amable” del suicidio de Brittany puede suscitar un efecto de imitación y respaldar a los que propugnan legislaciones eutanásicas. Algunos expertos en cuidados paliativos piensan que puede incidir negativamente en personas que consideran que sí es digna su vida de enfermo. Porque, si es verdad que algunos enfermos prefieren anular el dolor por vía de suicidio asistido, no es esa la única opción ni la más frecuente.

Sin entrar a valorar la conciencia de Brittany ni otras circunstancias, lo que está claro es que no se puede decir que el suicidio asistido sea la solución para los enfermos terminales. Porque la medicina no puede ir contra la vida sino que ha de servirle de ayuda y apoyo. Nadie niega que en el último tramo de la vida las limitaciones y el dolor suelen ser compañeros inseparables. Para una sociedad materialista e individualista no tener salud, capacidad intelectual y libertad de movimientos hace a una persona inútil e improductiva. Más aún, la convierte en un peso muerto que obliga a gastar en ella lo que habría que invertir para mejorar la vida de los sanos y productivos. Por absurdo e incomprensible que parezca, algún político europeo ya ha planteado privar de la seguridad social a las personas de setenta años.

**Nuestra sociedad materialista no puede entender que la dignidad de la persona no está en que tengas o no tengas salud o capacidad intelectual y física sino en la**

misma persona. Toda persona tiene dignidad por el simple hecho de serlo. ¿Quién se atrevería a decir que una persona con dinero es más digna que otra que sea pobre, que un jugador de élite tiene más dignidad que un minusválido o que un chico con síndrome de Down es menos digno que un premio Nobel?

Además, ya se sabe a dónde nos lleva legislar para casos concretos y extraordinarios. Lo que sucede en Holanda, Suiza o Luxemburgo es muy esclarecedor. La eutanasia comenzó como práctica muy restrictiva y hoy es una forma de ir eliminando personas. De hecho, algunos ya están sacando a sus familiares fuera de esas naciones, porque cuando llevas a tu madre o a tu padre al hospital no sabes ya lo que va a pasar allí, ya que es el propio médico el que decide si debe vivir o morir. Cuando los hombres usurpamos el puesto a Dios y legislamos sobre la vida y la muerte lo estropeamos todo.

Los estándares materialistas sostienen que sólo hay calidad de vida cuando hay vitalidad física, salud, movilizad. Quienes tenemos una concepción trascendente de la vida y, en especial, quienes somos cristianos sabemos que toda persona es imagen de Dios y posee una dignidad que nada ni nadie puede violar. Ya hemos visto a dónde nos ha llevado la legislación abortista y a dónde nos ha conducido montar la economía poniendo el centro en la ganancia y no en la persona. No introduzcamos más cultura de muerte, aunque la disfracemos del pomposo título de “muerte digna” (eutanasia). Lo que va contra la dignidad de la persona siempre es indigno de la persona. La solución no es la eutanasia sino los cuidados paliativos y el respeto a la dignidad inviolable de la persona humana.

**Francisco Gil Hellin**  
Arzobispo de Burgos